



V

La guerra.

El conflicto Austro-serbio.—Ultimatum de Austria-Hungría.—Contestación aparentemente conciliadora de Serbia.—Actitud belicosa de Rusia.—Proposición de Grey.—Negociaciones entre las potencias.—Movilización del ejército ruso.—Esfuerzos de Alemania para alejar a Inglaterra del conflicto.—Alemania declara la guerra a Rusia y a Francia.—Invasión de Bélgica.—Discurso de Bethmann Hollweg en el Reichstag.—Inglaterra declara la guerra a Alemania.—M. Roosevelt, indignado.—Turquía entra en la lucha.—Bulgaria declara la guerra a Serbia, e Italia a Austria-Hungría.—Portugal se suma a los aliados.—Proclamación del reino de Polonia.—Bloqueo de Grecia.—El fracaso de Rumania.—Proposición de paz.—La «Entente» declara sus intenciones de hegemonía y conquista.

El pequeño reino de Serbia, de cuyo seno surgió la inflamada antorcha que debía abrasar a toda la Europa, tiene una historia romancesca y trágica.

En la época en que los eslavos, envueltos en el torbellino de la invasión, se establecieron en Europa, una rama de la misma familia sentó sus reales en la orilla sur del Danubio y fundó a Belgrado.

El victorioso avance de los turcos sorprendió a los serbios y a sus hermanos los búlgaros en el siglo XIV de nuestra era, y toda la cuenca del Danubio, desde Hungría hasta el Delta, cayó en poder de los guerreros del Profeta.

La batalla de Amselfeld, que se libró en 1389, decidió del destino de Serbia, que quedó uncida al yugo otomano; pero no sin que, después de la derrota, la protesta airada de este pueblo indómito y feroz se clavara en el pecho del vencedor Sultán Murad con la hoja del puñal de Milos Obilic, quien por esta hazaña fué considerado como el héroe nacional y vengador de Serbia.

El fundador de la actual dinastía fué Kara-George Petrovitch, quien en 1817 fué asesinado, dejando dos hijos, el menor de los cuales fué proclamado príncipe y llegó a regir el país en nombre de la Puerta; pero en 1858 se vió forzado a abdicar, y murió en el destierro. Le sucedió en 1878 el Príncipe Milano, quien, en virtud del reconocimiento de la independencia de Serbia por la Puerta, fué proclamado solemnemente y jurado Rey de los serbios en la capital de la nueva monarquía. Del relato del trágico fin del Rey Alejandro Obrenovitch y de su esposa la Reina Draga, hacemos gracia al lector, porque lo juzgamos enterado hasta de los pormenores de ese espantoso suceso, que conmovió de horror a todo el mundo y colocó repentinamente a la desdichada Serbia fuera de la civilización.

Las dos campañas de 1912 y 1913 contra Turquía y Bulgaria, fueron muy provechosas para Serbia, que vió duplicado su territorio y su población aumentada en más de un millón y medio de habitantes. Esto era más que suficiente para satisfacer una ambición desmesurada; pero la fácil conquista des-

lumió a la joven potencia balkánica, que impulsada por Rusia, se atrevió a proclamar el programa del paneslavismo, uno de cuyos principios era la unificación de la «gran Serbia», que comprendía la Bosnia y la Herzegovina, enfrentándose de este modo con la audacia de un liliputiense que cuenta con el apoyo de un titán, al poderoso imperio austro-húngaro.

El crimen de que fueron víctimas el archiduque y su esposa, se cometió el 28 de Junio de 1914, 525 aniversario de la batalla de Amsel, solemnizándose así el asesinato del Sultán Amurates, y abriéndose de un modo trágico la era más sangrienta en la historia de la humanidad.

Renunciamos a pintar el horror y la consternación del viejo Emperador Francisco José y de la corte de Viena, y el espanto que se apoderó de Europa en presencia de la tragedia.

Los acontecimientos se desarrollaron con vertiginosa rapidez.

En el complot aparecían complicados altos jefes del ejército serbio.

Se comprobó que la bomba arrojada contra los Príncipes, procedía de los arsenales serbios (1).

El complot, finalmente, había sido preparado en Serbia.

¿Alcanzaba al Rey Pedro y a su primer Ministro Pashitch la responsabilidad del crimen?

Las sombras del Sultán Amurates, de Kara-George y de Alejandro Obrenovitch, ¿no vagaban acaso aquel día en torno del palacio de Belgrado?

«El gobierno serbio — escribe Oncken — acusó su complicidad por medio de su conducta posterior al

(1) *Libro Rojo* del gobierno austro-húngaro. Documentos diplomáticos sobre los preliminares de la guerra, 1915.

asesinato. Ni un solo paso espontáneo dió por medio de sus propios funcionarios y en su propio país, ya que tantos indicios señalaban a Belgrado para emprender un sumario contra los posibles cómplices del delito. Mucho menos cuidó de ocultar a los ojos de Viena la responsabilidad por el movimiento que había desencadenado.»

El 23 de Julio el gobierno austro-húngaro dirigió una nota al gobierno serbio que era virtualmente un ultimatum.

El presidente de la República francesa, M. Poincaré, que se había dirigido a Rusia, regresó rápidamente a París.

El 25 de Julio el gobierno de Belgrado contestó a la nota del gobierno austro-húngaro en términos conciliadores, aviniéndose a todas las exigencias contenidas en el ultimatum, excepto a aquellas cuya realización hubiera garantizado plenamente a Austria-Hungría respecto de las maquinaciones del nacionalismo serbio, o sea la cooperación de funcionarios austro-húngaros en el descubrimiento y castigo de los cómplices del delito. Dícese frecuentemente por los enemigos de la Doble Monarquía que jamás se impusieron a un Estado autónomo y soberano condiciones más duras, que tendían de hecho a destruir la independencia de aquel país; y que si Serbia hubiese aceptado íntegramente el ultimatum, habría abdicado de sus derechos como nación libre y hubiera quedado incorporada virtualmente a Austria-Hungría. Esto no es exacto. Desde un principio Austria-Hungría ofreció a las potencias respetar la integridad territorial y la soberanía de Serbia; pero manifestó igualmente que el Imperio ya había agotado todos los medios pacíficos para inducir a Serbia a guardar mejor sus deberes de buena vecindad, como lo demostraban las

negociaciones de 1909 (1). El gobierno de Viena, pues, consideró insuficiente la contestación de Serbia, y se dispuso para la guerra. Ese mismo día, 25 de Julio, el gobierno de San Petersburgo dispuso la movilización de los cuerpos de ejército más próximos a la frontera austro-húngara. Era evidente que Rusia hacía suya la causa de Serbia, y se aprestaba a apoyarla con todas sus fuerzas.

Surgió entonces Grey, asumiendo el papel de pacificador, y en la noche del 26 de Julio, previo un acuerdo con Rusia, propuso a los gobiernos de Alemania, Francia e Italia, que el conflicto se solucionase por medio de una conferencia en Londres. «Ninguna persona imparcial —dice al respecto Oncken— opinará que el hombre que estaba dispuesto a convertirse en el momento oportuno en aliado de Rusia, hubiera dirigido con espíritu absolutamente neutral unas negociaciones que se hubieran llevado a efecto bajo la presión de la movilización rusa» (2). La idea era, por otra parte, in-

(1) «Es cierto que Austria-Hungría quería darle una lección a Serbia, obligándola a cumplir las promesas hechas por este país en 1909 y villanamente quebrantadas ahora; pero desde un principio dió a las grandes potencias garantías ciertas sobre el alcance del paso que intentaba, declarando que no atentaría contra la existencia territorial de Serbia, sino que reconocería la integridad y la independencia del país, para lo cual no había que pensar en la limitación «permanente» de su soberanía. Austria-Hungría no intentaba una modificación de fuerzas en los Balkanes, sino que pretendía solamente adoptar las medidas de defensa necesarias, a su juicio, contra las conspiraciones serbias, como garantía de sus intereses vitales, gravemente amenazados. (HERMANN ONCKEN: *Génesis de la guerra.*)

(2) En 1879, el descubrimiento hecho por la Cancillería de Chile de un Tratado secreto de alianza ofensiva entre Bolivia y el Perú, en momentos en que el plenipotenciario de esta última nación ofrecía en Santiago sus buenos oficios para solu-

negociaciones de 1909 (1). El gobierno de Viena, pues, consideró insuficiente la contestación de Serbia, y se dispuso para la guerra. Ese mismo día, 25 de Julio, el gobierno de San Petersburgo dispuso la movilización de los cuerpos de ejército más próximos a la frontera austro-húngara. Era evidente que Rusia hacía suya la causa de Serbia, y se aprestaba a apoyarla con todas sus fuerzas.

Surgió entonces Grey, asumiendo el papel de pacificador, y en la noche del 26 de Julio, previo un acuerdo con Rusia, propuso a los gobiernos de Alemania, Francia e Italia, que el conflicto se solucionase por medio de una conferencia en Londres. «Ninguna persona imparcial —dice al respecto Oncken— opinará que el hombre que estaba dispuesto a convertirse en el momento oportuno en aliado de Rusia, hubiera dirigido con espíritu absolutamente neutral unas negociaciones que se hubieran llevado a efecto bajo la presión de la movilización rusa» (2). La idea era, por otra parte, in-

(1) «Es cierto que Austria-Hungría quería darle una lección a Serbia, obligándola a cumplir las promesas hechas por este país en 1909 y villanamente quebrantadas ahora; pero desde un principio dió a las grandes potencias garantías ciertas sobre el alcance del paso que intentaba, declarando que no atentaría contra la existencia territorial de Serbia, sino que reconocería la integridad y la independencia del país, para lo cual no había que pensar en la limitación «permanente» de su soberanía. Austria-Hungría no intentaba una modificación de fuerzas en los Balkanes, sino que pretendía solamente adoptar las medidas de defensa necesarias, a su juicio, contra las conspiraciones serbias, como garantía de sus intereses vitales, gravemente amenazados. (HERMANN ONCKEN: *Génesis de la guerra.*)

(2) En 1879, el descubrimiento hecho por la Cancillería de Chile de un Tratado secreto de alianza ofensiva entre Bolivia y el Perú, en momentos en que el plenipotenciario de esta última nación ofrecía en Santiago sus buenos oficios para solu-

aceptable para Austria-Hungría, porque hubiera implicado el reconocimiento del derecho de Rusia a intervenir en el conflicto austro-serbio; y hubiera puesto el honor y los intereses de la gran potencia ofendida en manos de las dos potencias de la «Entente» y de una aliada pronta a convertirse en enemiga. Alemania apoyó este punto de vista, y para disminuir la tensión de las relaciones entre Austria-Hungría y Rusia, propuso, con el consentimiento de la primera, un cambio directo de impresiones entre Viena y San Petersburgo, plan al que se adhirió el gobierno inglés.

El 26 de Julio, el Embajador alemán representó al gobierno ruso las consecuencias funestas que podían seguir a la movilización: «Los preparativos militares de Rusia —dijo— nos obligarán a adoptar medidas correlativas, que consistirán en la movilización de nuestro ejército. Y la movilización implica la guerra. Concedores de la alianza que existe entre Francia y Rusia, nuestra movilización se dirigirá contra las dos naciones a la vez. No nos es posible creer que Rusia quiera provocar una conflagración europea» (1).

A partir del día 27, la actitud de Grey se fué haciendo cada vez más amenazadora, hasta el punto de que manifestó abiertamente al Embajador alemán que, si Alemania no podía ver con indiferencia el aplastamiento o humillación de su aliada Austria, de la misma manera otras naciones podrían intervenir en el conflicto, convirtiéndose éste en la guerra más grande que se hubiera visto jamás (2).

cionar el conflicto chileno-boliviano, fué causa de que Chile le declarase inmediatamente la guerra al Perú.

(1) *Libro Blanco* del gobierno alemán.

(2) *Libro Azul* del gobierno británico, núm. 46.

El 29 de Julio de 1914 Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia.

Guillermo II se encontraba de viaje en el Norte de Prusia, e inmediatamente regresó a Berlín. Ya la noche anterior había telegrafiado al Czar, manifestándole que «ejercía toda su influencia para determinar a Austria-Hungría a ejercer un acuerdo franco y satisfactorio con Rusia» (1). A este telegrama el Czar había contestado: «Te suplico que me ayudes sin cesar».

Declarada ya la guerra, el emperador Guillermo, en su deseo de localizar el conflicto, aconsejó a Viena que declarase terminante que al hacer la guerra a Serbia no se proponía anexiones territoriales, sino obtener las garantías exigidas a la misma y que, una vez alcanzadas éstas, evacuaría el territorio serbio. El 30 de Julio el gobierno austro-húngaro, aceptando el consejo de su aliada, hizo esta solemne declaración, y se restablecieron las negociaciones directas entre Viena y San Petersburgo.

Pero la diplomacia inglesa dió su fruto, y las negociaciones, reanudadas con tanta esperanza entre Rusia y Austria-Hungría la noche del 30 de Julio, fracasaron de golpe. El 31 de Julio el gobierno ruso dió la orden de movilización general, y el choque se hizo inevitable.

Es indudable que la actitud belicosa de Rusia, estimulada por *otra potencia* que ante el mundo se presentaba como sostenedora de la paz, provocó el conflicto. Sin el apoyo incondicional de Rusia, sostenida a su vez por Inglaterra y Francia, Serbia no se hubiera atrevido jamás a provocar a Austria-Hungría, y hubiera aceptado todas las cláusulas del

(1) *Libro Blanco*, III, núm. 22.

ultimatum, considerándose muy dichosa con salvar su independencia política y la integridad de su territorio. Las pretensiones de Rusia en la noche del 30 fueron tan grandes, que envolvían la humillación de Austria y el desprestigio de Alemania (1). Es indudable también que sin el apoyo moral y material de sus aliadas, Rusia tampoco se hubiera atrevido a formular semejantes pretensiones, y hubiera aconsejado al gobierno de Belgrado que accediese a todas las demandas de Austria-Hungría, como lo hizo en 1909.

¿Qué restaba ya que hacer, sino obrar con rapidez?

El 31 de Julio, a las doce de la noche, el Kaiser Guillermo declaró al gobierno ruso que la movilización general del ejército y la flota imperiales ponía a Alemania en el caso de decretar a su vez la movilización si dentro del término de doce horas Rusia no suspendía sus preparativos bélicos.

A las cinco de la tarde del día 1.º de Agosto, sin haber recibido contestación a su ultimatum, ordenó el Emperador Guillermo la movilización total de las fuerzas de su imperio. Simultáneamente había enviado una comunicación al gobierno francés, in-

(1) He aquí la cláusula II de la fórmula de arreglo propuesto por el ministro ruso Sazonov la noche del 30 de Julio con el asentimiento del embajador inglés, que *intervino en su redacción*. (*Libro Amarillo* del gobierno francés, número 113):

«Si Austria consiente en detener la marcha de sus tropas sobre el territorio serbio, y si reconociendo que el conflicto austro-serbio ha asumido el carácter de una cuestión de interés europeo, permite que las grandes potencias *examinen las satisfacciones que Serbia podría acordar al gobierno austro-húngaro sin mengua de sus derechos soberanos y a su independencia, Rusia se compromete a conservar su actitud expectante*». (*Libro Anaranjado* del gobierno ruso, núm. 60.)

vitándole a declarar dentro del término de diez y ocho horas si permanecía o no neutral.

Ya el 29 de Julio, en previsión de la guerra, el canciller del imperio alemán había declarado al Embajador inglés que Alemania estaba dispuesta, en caso de que se le garantizara la neutralidad inglesa, a comprometerse a su vez a no intentar adquisiciones territoriales en Francia ni aun en caso de victoria. A esta proposición contestó Grey que no convenía a los intereses de la Gran Bretaña que Francia fuera aplastada hasta el punto de perder su posición de gran potencia, y quedara sometida a la política alemana, aun cuando se le garantizase la integridad de su territorio en Europa.

El 1.º de Agosto, adelantándose a las intenciones de Grey, el gobierno alemán preguntó al británico si Inglaterra se obligaría a permanecer neutral en caso de que Alemania prometiera respetar la neutralidad de Bélgica. El canciller inglés se negó a dar esta garantía. «No pude decir tal cosa —declaró más tarde Grey—; nuestras manos estaban libres, y estábamos considerando qué actitud debíamos adoptar» (1). Alemania se encontraba perpleja; no quería efectuar la concentración de sus fuerzas sobre la frontera francesa sin antes asegurarse de que la frontera belga no quedaba abierta a un ataque inglés, y así se ordenó al Embajador que invitase a Grey a que formulara las condiciones bajo las cuales Inglaterra permanecería neutral, y que añadiese al ofrecimiento del 29 de Julio que Alemania no sólo respetaría la integridad de la Francia europea, sino también la de sus colonias. Grey permaneció mudo, como la esfinge de Gizeh. Indudablemente este hombre era digno de la confianza de

(1) *Libro Azul*, núm. 123.

la Gran Bretaña. No bien se hubo apagado en sus antecámaras el rumor de los pasos del Embajador alemán, Grey dió a Cambon la seguridad de que si la flota alemana penetraba en el Canal de la Mancha o abandonaba el Mar del Norte para cometer actos de hostilidad contra las costas de Francia, la flota inglesa se encargaría de la defensa de su amiga.

El 2 de Agosto, a las siete de la noche, el gobierno de Berlín comunicó a Bruselas que los planes militares franceses, que le eran conocidos, obligaban al ejército alemán a avanzar por el territorio belga «en defensa de la conservación del imperio» (1).

El gobierno belga protestó con energía del intento de invasión, y contestó al gobierno alemán que Bélgica se opondría a ésta con todas sus fuerzas.

El 4 de Agosto el ejército alemán, al mando del general von Emmich, se presentó delante de Lieja y pidió la rendición de la fortaleza. El general Lemman comandante de la plaza, contestó que tenía orden de resistir hasta el último momento, y el mismo día estallaron los primeros cañonazos, anunciando a Europa y a la civilización que la vieja patria del gran Federico —cansada de aquel juego diplomático, amparador de injusticias y maldades, de aquella cultura hipócrita que había proscrito la espada para reemplazarla por el lazo de seda estrangulador de los tratados abyectos, y que había trocado al pirata en golilla y puesto al golilla sobre el soldado— revestida de hierro y de furor, como la estatua viviente de Germania, lanzaba su pesado guante de combate sobre las cúpulas blindadas de los fuertes de Lieja, como un formidable reto a to-

(1) Discurso del canciller Bethmann Hollweg el 4 de Agosto de 1914 en el Reichstag.

das las potencias de la tierra. Así el noble Sigfrido luchó contra millares de enemigos; así Hagen y Volker quebrantaron montañas de cascos y corazas antes de sucumbir en el país de los hunos, y así el mismo Federico, en su pequeño reino de Prusia, batalló contra toda la Europa coaligada y logró imponer la paz a las naciones. ¡Honor a la diminuta Bélgica, que se interpone ante el gigante como una corza convertida en leona! ¡Honor al gigante, que, sin temor a la furibunda Galia, a la pérfida Albión, a la tremenda Rusia ni a la colosal Norte-América, dueñas del oro del mundo, dominadoras de los mares y de los aires, sacrifica a la gentil corza y se lanza a la pelea sin medir el número ni el poder de sus enemigos, con fe inmensa en el poder de la justicia de su causa y en la fortaleza de su invencible brazo!

¡Civilización, cultura! Digamos mejor hipocresía y codicia. Se culpa ordinariamente a Alemania de haber roto la paz de Europa; ya hemos demostrado que la paz firmada el 71 no fué más que una tregua, pues el debate bélico quedó abierto desde que Francia mostró su inconformidad con el último fallo de las armas y habló de «desquite»; se la acusa también de haberse preparado formidablemente para el choque, mientras sus futuras rivales, fiando sus querellas a las Cortes de Justicia o tribunales de arbitramento, se despojaban de sus arreos de batalla y depositábanlos al pie de la cruz del Redentor; pero todo esto es una abominable mentira. ¿Para qué Inglaterra mantenía sobre los mares la flota más grande que se ha visto jamás, y para qué botaba al agua cada año inmensos acorazados con cañones de catorce y quince pulgadas, como el *Queen Mary*, el *Tiger*, el *Iron Duke* y el *Warspite*? ¿Por qué Francia tenía sobre las armas en tiempo

de paz un ejército de más de medio millón de hombres? ¿Por qué Bélgica, una nación neutralizada, que debía fiar más de su pequeñez y su derecho que de su potencia bélica, tenía un numeroso y disciplinado ejército y poderosas fortalezas? ¿Por qué, repetimos, si no formaba en la vanguardia de la Europa antiteutona? ¿Y por qué Rusia aumentaba el efectivo de su enorme ejército a más de un millón de hombres, y agitaba en Petersburgo, en Varsovia y en Belgrado la bandera del paneslavismo? Esas cúpulas blindadas daban resplandores sobre el Rhin; esos cañones monstruosos apuntaban contra Alemania; esos baluartes eran barreras contra el progreso; esos ejércitos permanentes eran un crimen contra los pueblos; esos barcos inmensos eran los alcázares flotantes de la hipocresía y del odio; esos soldados estaban prontos a marchar sobre Viena y Berlín. La bandera de la paz no se iza sobre montañas de bombas, ni en la punta de las bayonetas ni en la cúspide de una fortaleza, en apariencia defensiva, sino en lo alto del Calvario, sobre una cruz.

Alemania, es verdad, se preparó mejor que sus rivales; ésta es toda su culpa.

El 4 de Agosto, el canciller del Imperio alemán, von Bethmann Hollweg, pronunció en el Reichstag estas palabras:

«Nuestras tropas han ocupado Luxemburgo, y tal vez han penetrado ya en territorio belga. Señores, esto contradice los preceptos del Derecho internacional público. Es verdad que el gobierno francés ha declarado en Bruselas que estaba dispuesto a respetar la neutralidad belga mientras la respetara el enemigo. Pero nosotros sabemos que Francia estaba dispuesta a violarla. Francia podía esperar; nosotros, no. Un ataque francés sobre nuestro fren-

te en el Rhin hubiera podido ser fatal. Por eso nos vimos obligados a prescindir de la protesta justificada de los gobiernos luxemburgués y belga. La injusticia, lo digo abiertamente, la injusticia que hemos cometido, procuraremos enmendarla así que se haya alcanzado nuestro fin militar. El que está amenazado como nosotros y lucha por su bien supremo, no puede pensar más que en abrirse camino... *Nosotros declaramos al gobierno inglés que mientras Inglaterra permaneciera neutral, nuestra flota no atacaría la costa septentrional francesa y que no atentáramos a la integridad territorial ni a la independencia de Bélgica.* Aquí repito esta declaración ante el mundo entero.»

Estas frases fueron interpretadas como un reconocimiento de la injusticia cometida por Alemania al invadir a Bélgica. No otro sentido tienen en realidad; mas recuérdese que el 4 de Agosto aún Inglaterra no había declarado la guerra a Alemania, y que ésta hacía grandes esfuerzos para que aquélla permaneciera neutral. Las palabras *injusticia* y *reparación* estaban calculadas para impresionar a la opinión inglesa, que podía influir mucho en las decisiones de su gobierno, y podían servir de entendimiento a un arreglo anglo-alemán. El *ataque francés sobre el bajo Rhin, que pudiera haber sido fatal*, se refería al proyecto que se atribuía a Inglaterra de efectuar un desembarco por las costas de Flandes, pues Alemania no temió nunca una ofensiva francesa por la frontera belga, a lo menos sin la cooperación británica. Si, en efecto, Alemania hubiera temido un ataque francés sobre el bajo Rhin, no habría ofrecido respetar la neutralidad belga a cambio de la garantía de la neutralidad inglesa. Era a Inglaterra a quien temía Alemania; por eso, no habiendo alcanzado de Grey la referida garantía,

procedió a invadir a Bélgica para ponerse a salvo de un ataque combinado franco-inglés. No nos es posible suponer que, por una sencilla ventaja estratégica obtenida sobre Francia al iniciarse las operaciones, Alemania se aventurara a una guerra contra la Gran Bretaña, lance que procuró rehuir hasta en el último instante, y a un choque con Bélgica, cuyo ejército, sumado al francés, no era un elemento despreciable.

«¡Soldados —exclamó el rey de Bélgica al salir a campaña—, sois la vanguardia de grandes ejércitos!...»

En la segunda asamblea de la Dieta del Imperio alemán, celebrada el 2 de Diciembre de 1914, Bethmann Hollweg, que ya no tenía que guardar reserva alguna respecto de Inglaterra, hizo las siguientes declaraciones:

«La neutralidad belga, que Inglaterra pretendió proteger, era una máscara. El 2 de Agosto, a las siete de la noche, comunicamos a Bruselas que los planes militares de Francia, que nos eran conocidos, nos obligaban a avanzar por Bélgica en defensa de nuestra propia conservación. Pero ya en la tarde del día 2 de Agosto, o sea antes de que en Londres se tuviera la menor noticia de nuestras diligencias en Bruselas, o pudiera sospecharlas, prometió Inglaterra su apoyo a Francia de un modo incondicional para el caso de un ataque de la flota alemana a la costa francesa. Entonces no se habló una palabra de la neutralidad belga. Este hecho está confirmado por la declaración hecha por sir Edward Grey en la Cámara de los Comunes el 3 de Agosto, que no me era conocida literalmente el 4, a causa de la perturbación de las comunicaciones telegráficas, y confirmado por el mismo *Libro Azul* del gobierno inglés. ¿Cómo, pues, podía Inglaterra

afirmar que había desenvainado la espada porque habíamos quebrantado la neutralidad belga? Y ¿cómo podían los hombres de Estado ingleses ampararse en esta neutralidad, cuando estaban al corriente del pasado? Cuando yo hablé el 4 de Agosto de la injusticia que habíamos cometido al penetrar en Bélgica, no se sabía si el gobierno belga se decidiría aún en el momento del peligro a salvar el país, retirándose a Amberes después de formulada su protesta. Ustedes recordarán que, a instancias de nuestra administración militar, dirigí una comunicación en este sentido al gobierno belga después de la toma de Lieja. Por razones militares debía quedar abierta necesariamente el 4 de Agosto la posibilidad de un tal desarrollo de los acontecimientos. Ya entonces había numerosos indicios de la culpabilidad del gobierno belga. No disponía yo aún de pruebas escritas; pero éstas eran perfectamente conocidas de los hombres de Estado ingleses. Una vez probado, por los documentos encontrados en Bruselas y publicados por mí, cómo y en qué medida había renunciado Bélgica a su neutralidad en beneficio de Inglaterra, quedan demostrados a los ojos del mundo entero dos hechos, a saber: Cuando nuestras tropas penetraron en territorio belga en la noche del 3 al 4 de Agosto, se encontraron en una nación que había quebrantado hacía tiempo su propia neutralidad. Es más: Inglaterra nos declaró la guerra, no en aras de la neutralidad que había contribuido a socavar, sino sencillamente porque creía poder subyugarnos con la cooperación de las otras dos potencias más fuertes de Europa.»

El gobierno inglés, que siempre disfraza sus intenciones y fundamenta sus actos de fuerza en principios de humanitarismo o legalidad, encontró el pretexto que buscaba en la violación de la neutrali-

dad belga para unir su acción a la de sus compañeras de la «Entente». Si Alemania no hubiera invadido a Bélgica, Inglaterra de todas maneras le habría declarado la guerra, asiéndose de cualquier otro pretexto, que no le faltan motivos a quien desea llegar a las manos con su adversario.

«La historia de Inglaterra —dice Walther Schoenborn— enseña que cuando los intereses ingleses están amenazados, y sobre todo en una lucha de vida y muerte, Inglaterra considera los Tratados y los preceptos de derecho internacional como pedazos de papel. Sobre este extremo no dejan lugar a duda los ejemplos de Malta, Dinamarca, Egipto y las Repúblicas boers, así como sus nuevas máximas «jurídicas» sobre la guerra por mar» (1).

La violencia hecha a una nación pequeña, siempre es repugnante, y si Alemania hubiera podido evitar la invasión del territorio belga, habría hecho bien, ganando con ello su causa a los ojos del mundo y quitando a Inglaterra un pretexto para una actitud gallarda. Razones militares, no justifican esa violencia; mas, analizados en conciencia los justificados temores que Alemania tenía de un ataque combinado franco-inglés sobre la frontera belga, encontramos que esta nación procedió en aquel momento gravísimo, en que los siglos se contaban por segundos, conforme le aconsejaba su propia conservación.

Es evidente, además, que cuando se rompen las hostilidades entre dos países, los Tratados existentes

(1) El 29 de Agosto de 1914 un barco de guerra inglés hundió en aguas de la posesión española de Río de Oro al crucero auxiliar alemán *Kaiser Wilhelm der Grosse*, sin respeto al pebellón de España; y en 1915 otro barco de guerra británico apresó en aguas del Río de la Plata al buque argentino *Presidente Mitre*.

entre ambos quedan en suspenso. Al declararse la guerra entre las cinco potencias signatarias del Tratado de 1839 (e incluimos a Inglaterra en este número porque de hecho quedó involucrada en la guerra al no dar a Alemania la garantía de neutralidad que esta nación le pedía), la neutralidad belga, consagrada en dicho Tratado, desapareció, e igualmente desvaneciéronse todos los tratados que obligaban a las referidas potencias respectivamente. Inglaterra, en virtud de su semi-alianza e inteligencia con Francia, no podía recomendar respeto a esta neutralidad que había sido establecida evidentemente, no con el fin de preservar a Bélgica de los horrores de una guerra, sino como una garantía para los Estados signatarios, sobre todo para Inglaterra, Francia y Alemania. El Tratado de 1839 no obligaba, pues, a Alemania en este caso, a respetar a Bélgica; obligábala, sí, el respeto que se debe tener a los derechos soberanos de todo país, grande o pequeño; pero ya hemos visto hasta qué punto Bélgica había renunciado a estos derechos al mantener con Inglaterra y con Francia relaciones de índole militar.

Algo cómico fué el furor que se apoderó del ex-presidente de los Estados Unidos, Mr. Teodoro Roosevelt, al tener conocimiento de la violación de la neutralidad belga. El ex-coronel de *rough riders* y ex-cazador de jirafas en el Africa Central, que siendo Presidente rasgó el Tratado de 1848, que garantizaba la soberanía de la República de Colombia sobre el istmo de Panamá, declarando que un pedazo de papel no podía cerrar el paso a la civilización que reclamaba la apertura del istmo, no acertaba a comprender ahora cómo el pueblo alemán, envuelto en una guerra contra las potencias militares más poderosas de Europa y con un adversario

encubierto al frente que le amenazaba bajo la capa de la neutralidad belga, había saltado sobre las fortificaciones de Lieja, hazaña en todo caso más digna que saltar sobre las marismas de Panamá... Roosevelt exhaló su indignación en furibundas manifestaciones que llenaron varias páginas de su órgano favorito, el *Outlook*; mas no pasó de allí: su coraje no le llevó a las trincheras del Iser ni a las márgenes del Marne.

A la toma de Lieja siguiéronse con fulminante rapidez la caída de Namur, la ocupación de Bruselas, la derrota de los franceses en Dinant, el desastre de Mons, la toma de Givet, de Maubeuge y de Lila, y el terrible avance en línea recta hacia París. Las fortalezas se derrumbaban como castillos de naipes. Nunca, ni en los días de San Lorenzo y San Quintín, la gran ciudad había sufrido un pavor semejante. El gobierno, presa del pánico, se trasladó a Burdeos. Zeppelines y taubes hacían más pavorosa la situación, arrojando bombas sobre los bulevares, y el público en vano se preguntaba dónde estaban los aviadores franceses, que no les disputaban a los alemanes el dominio del aire. Al fin, como una honda que alcanza su nivel máximo en la playa y luego retrocede, el ejército invasor llegó a las orillas del Marne y allí se libró una batalla de siete días, que restableció el equilibrio y salvó a la Francia. El ejército alemán retrocedió hasta el Aisne, estableciéndose sólidamente en la línea Dixmude, Arras, Soissons, Reims, St. Mihiel y Altkirch, en Alsacia, defendida por un vasto sistema de atrincheramientos, de donde en dos años y medio de lucha, empleando efectivos enormes, no han podido arrojarlos los esfuerzos combinados de los franco-anglo-belgas.

La toma de la formidable fortaleza de Amberes,

que en vano trataron los ingleses de auxiliar por el Escalda, determinó la completa ocupación de Bélgica, excepto una pequeña faja de tierra comprendida entre el Iser y la frontera francesa.

El ejército ruso, en tanto, que había invadido la Prusia oriental, y que avanzaba hacia Berlín en forma de «rodillo», fué completamente destrozado por Hindenburg en la gran batalla de Jannenberg o de los lagos Mazurianos.

El lector, tanto o mejor que nosotros, está enterado de los episodios de esta gigantesca lucha, que no es nuestro objeto reseñar. Recuerda las dos invasiones de Alsacia que los alemanes repelieron; la heroica obstinación del mermado ejército belga en la zona de Dixmude para salvar el último pedazo de su patria e impedir el avance sobre Dunkerque y Calais; la invasión en la Galitzia por los rusos; la ocupación de Lemberg y la toma de Przemysl después de la resistencia larga y valerosa del general Kusmanek; el ataque a Cracovia por Dimitrieff; la formidable lucha en los Cárpatos; la batalla de Lodz; las acciones navales de Coronel y de las islas Falkland; las hazañas casi increíbles del *Emden* y del *Ayessa*; la defensa homérica de un puñado de alemanes en Kiao-Tchao, contra todo el poder del Japón; la entrada de Turquía en la guerra; la desgraciada expedición a los Dardanelos; la insurrección del Transvaal, debelada por el general Botha; el bloqueo de las Islas Británicas por los submarinos germanos; las continuas incursiones de zeppelines en la Gran Bretaña; el hundimiento del *Lusitania*, que provocó una oleada de indignación en los Estados Unidos; la ofensiva de Mackensen en la Galitzia, el paso del Dunajec y la destrucción del ejército de Dimitrieff; la recuperación de Przemysl y de Lemberg y la toma de Lublin; la invasión de

Rusia por los ejércitos de Hindenburg y del príncipe Leopoldo; la batalla de Augustowo y la ocupación de Kovno, Grodno y Vilna; la toma de Varsovia y el asalto victorioso de Novo Gorgievsk, Brest-Litowsk e Ivangorod; la campaña de Serbia, la entrada de Bulgaria, el llamamiento de los aliados a Salónica y la caída del Gabinete Venizelos, en Grecia; la ocupación de Montenegro y Albania, la declaración de guerra de Italia a Austria-Hungría, el avance de los italianos sobre Trieste, los combates por la posesión de Rovereto; la epopeya de Verdún, la ofensiva general de los aliados sobre todos los frentes, el avance de Brusiloff en Polonia, Galitzia y Bukovina, detenido por las murallas de hierro de Kovel y Lemberg; la lucha en el Somme, paralizada por el invierno, y más que todo, por las espantosas pérdidas de los franco-ingleses; la batalla naval de Skager-Rak, la trágica muerte de lord Kitchener, la sublevación de los sinn-feiners o fenianos en Dublin, la aventura desgraciada de sir Roger Casement, el fusilamiento de los jefes de la revuelta; la incautación, por parte del gobierno de Lisboa, de los barcos mercantes alemanes internados en aguas portuguesas, y la consiguiente declaración de guerra de Alemania a Portugal; los combates en las colonias africanas; la proclamación del reino de Polonia, el bloqueo de Grecia, la entrada de Rumania en la guerra y la ocupación de Bucarest por las fuerzas teutónicas y sus aliados.

La participación de Turquía y Bulgaria en esta guerra está justificada por razones de propia conservación en la primera, y por el reciente despojo de que había sido objeto por parte de sus aliados de 1912, en la segunda; agravado todo esto por la resolución de Rusia de apoderarse de los Estrechos con el apoyo de Francia e Inglaterra.

Italia ha entrado en la guerra contra sus antiguas aliadas movida por el deseo de recuperar Trieste, el Trentino y una zona de la Dalmacia, que forman lo que se ha llamado *Italia irredenta*. En cierto modo, Italia no hace más que cumplir su destino histórico que la impulsa a la recuperación de esas provincias, la posesión del Adriático y el predominio en el Mediterráneo. Italia aspira a que éste sea un *mar romano*, como lo era antiguamente. Sus aspiraciones, que la habían llevado a la Triple Alianza para oponerse a la expansión francesa en el norte de Africa, la mueven ahora contra Austria-Hungría y contra la misma Grecia, a la que teme no sin motivo. Si logra su objetivo en esta guerra, Italia no tardará en mover querrela a Francia por la Saboya, Niza, Córcega y Túnez.

Portugal, república o monarquía, es un protectorado inglés. Los errores de España y las intrigas de Inglaterra han alejado a la bella Lusitania del hogar ibérico, echándola en brazos de Albión. Una orden de ésta bastó para que aquélla se incautase de los navíos refugiados en sus aguas, y provocase la declaración de guerra de Alemania. La aventura desdichada de Machado dos Santos y sus compañeros revela muy a las claras que el pueblo portugués ve con disgusto la oprobiosa servidumbre inglesa.

La proclamación del reino de Polonia por parte de los Imperios centrales, es quizá la consecuencia más importante de la guerra.

Polonia, nación poderosa en tiempo de Estanislao y del gran Sobieski, cayó luego en una postración tal a causa de las disensiones de sus príncipes, que los reinos vecinos, Prusia, Austria y Rusia, se concertaron para repartírsela. Sobrevino el primer reparto; el sentimiento nacional de los polacos no

fué bastante a acallar sus pasiones, y a ese primer reparto sucedió un segundo, y por último, un tercero, que definitivamente concluyó con la infeliz Polonia. A Rusia le correspondió la zona más extensa, con la capital, Varsovia; a Prusia, casi todo lo que constituye actualmente la Prusia oriental, con la plaza de Dantzig, y a Austria, la Galitzia con la ciudad de Cracovia, donde están la tumba de Sobieski y el panteón de los reyes polacos.

Polonia, sin embargo, no se entregó como una meretriz a los conquistadores, sino que cayó en el campo de batalla con la espada en la mano.

Harto conocida es esta terrible historia para que la recordemos aquí, y que se condensa en la famosa frase del general mocovita: «La paz reina en Varsovia», y en la otra no menos célebre de Kosciusko: «Finis Polonia».

No decayó aún el espíritu de los polacos, y cuando Napoleón se presentó ofreciéndoles la restauración de su patria, millares de ellos se alistaron bajo sus banderas y le sirvieron con fidelidad admirable, lo mismo en las heladas estepas rusas que en las abruptas pendientes de Somosierra en España. Napoleón no cumplió su promesa, y Polonia, no bien resucitada, tuvo que tenderse de nuevo en el féretro que le había dispuesto la paz engañosa de Tilsitt.

Estaba reservado a Alemania y Austria restaurar aquel antiguo reino, que será en lo futuro un aliado natural de los imperios centrales y una barrera a la expansión moscovita. Se dice que la independencia polaca es una farsa; que Polonia es un espectro que Alemania ha armado contra los rusos. Pues bien: la tumba se abrió y vomitó un espectro, y no hay nada más terrible que un espectro revestido de hierro y armado de lanza.

Según la declaración de los imperios centrales, los límites del nuevo reino se fijarán una vez se establezcan las negociaciones de paz. Mientras tanto, se ha decretado la formación de un ejército polaco, que peleará al lado de las potencias centrales contra Rusia.

El reino de Grecia ha tenido que sufrir la estrechez de un bloqueo por las reiteradas exigencias de los aliados, que al principio querían precipitar al país en la guerra, y luego, en vista de la imposibilidad de ejecutar su primer designio, fomentaron la revolución en el reino, establecieron un gobierno venizelista en Salónica, forzaron al rey Constantino a entregarles la escuadra y varias baterías de campaña; se establecieron en el Pireo y luego en Atenas, y por último, después de expulsar a los representantes diplomáticos de las naciones contrarias, exigieron el desarme de los reservistas y la traslación del ejército griego al Peloponeso. Jamás en la historia de una nación libre se han registrado atropellos más inicuos contra la soberanía de un pueblo y contra el derecho de gentes, ejecutados a sangre fría y sistemáticamente por los que se titulan defensores de los países débiles. El almirante Dartige du Fournet, ejecutor de las órdenes de la «Entente», se estableció en Atenas como Sarrail en Salónica. Una sublevación estuvo a punto de costarle la vida. Las tropas reales bombardearon el 1 y 2 de Diciembre de 1916 el Zappeion, donde estaba acuartelado un cuerpo de marinos franceses, y los buques de la escuadra aliada surtos en el Pireo dispararon varias cañonazos sobre la ciudad, alcanzando una ala del palacio de Constantino.

La situación de Grecia en los actuales momentos no puede ser más crítica; la nueva Grecia ha sido invadida por los aliados, que ocupan toda la línea

fronteriza desde Albania hasta el Egeo; el fuerte de Rupel y la riquísima región de Kavalla, famosa por sus aromáticos tabacos, están en poder de los búlgaros, con el consentimiento del rey Constantino; todo un cuerpo de ejército está internado en Alemania; casi todas las islas están en poder de Venizelos, cuya influencia alcanza a los territorios ocupados por la «Entente»; en la zona colindante de Albania se han establecido los italianos, enemigos de la expansión griega; la escuadra está en manos de las tres naciones «protectoras», y el resto de la nación, o sea la antigua Grecia continental, sufre las consecuencias de un bloqueo pertinaz (1).

El «irredentismo de Italia» tuvo su resonancia en Rumania, país hermano y aliado de aquél. Conocido es el origen de la nación rumana. Para impedir las continuas invasiones de los bárbaros, el emperador Trajano hizo construir tres grandes murallas: una desde el mar Negro hasta el río Pruth, en la Besarabia; otra desde los pantanos de Pruth hasta el Sereth, cerca de la confluencia del Buzeu, en la Moldavia, y la restante entre Constanza y un punto de la orilla oriental del Danubio situado entre Cernavoda y Rasova, en la Dobrudja, e hizo poblar la región comprendida entre esas murallas y la Valaquia por colonos venidos de Roma; de ahí su nombre de *rumanos* o romanos. A la caída del imperio bizantino, los rumanos fueron subyugados por los

(1) El caso de Grecia ha sido fatal para la causa de los aliados. Grecia oprimida ha restado prestigio a Bélgica violada; el bombardeo de Atenas ha conmovido más a la civilización que el incendio de Lovaina. Involuntariamente han venido el recuerdo las hazañas de lord Elgin, el gran ladrón de monumentos, que saqueó la Acrópolis durante la guerra de independencia griega, y a quien Byron comparó con Erostrato, el incendiario del templo de Diana, en Efeso.

turcos, y permanecieron bajo su dominación hasta el 21 de Mayo de 1877, en que los dos principados unidos de Valaquia y Moldavia proclamaron su independencia del Imperio Otomano. Antes de entrar en la guerra Rumania era uno de los Estados más prósperos de Europa, debiendo en parte su riqueza a la extremada fertilidad de su suelo; su población había alcanzado acerca de ocho millones, acusándose un incremento anual de 150.000 habitantes; su comercio de 1911 era de £ 27.668.816 (las exportaciones), y £ 22.789.801 (las importaciones); poseía un bien equipado ejército de cien mil hombres, y sus puntos de contacto o vecindad con Rusia, como Galatz, Tulcea, Braila, Tocsani y toda la línea del Sereth, estaban muy bien fortificados con dos o tres líneas de fuertes y numerosas baterías Krupp y Gruson. La capital del reino, Bucarest, es una hermosa ciudad de más de 300.000 habitantes, con bulevares que recuerdan los de París, y grandes y suntuosos edificios. La defienden un cinturón de diez y ocho fuertes y numerosas baterías. Fuera de Rumania hay cerca de cuatro millones de rumanos esparcidos principalmente por la Besarabia, la Transilvania y la Bukovina, hecho que dió origen a la política del «irredentismo», que hábilmente manejada desde París y San Petersburgo, concluyó por precipitar a esta nación en la guerra.

La Transilvania, que reclaman para sí los rumanos, estaba en 1552 en manos de los turcos. El rey de Austria y de Hungría, don Fernando, hermano de Carlos V y tronco de la familia de los Austrias, quiso arrojarlos de allí, para evitar sus continuas incursiones, pues en cierta ocasión llegaron hasta las murallas mismas de Viena, y pidió al Emperador un general español y una legión de los famosos

«tercios» para emprender esta conquista. Envióle el César a Juan Bautista Costado, natural de Lombardia, y un brillante cuerpo de legionarios, que en unión de las tropas del rey Fernando, arrojaron a los turcos al otro lado de los Cárpatos de Moldavia, distinguiéndose en esta guerra Julián de Carvajal, que ganó la ciudad de Lipa y obtuvo la corona mural, Gaspar Castellví, Francisco Salcedo y otros muchos oficiales que llevaron a cabo hazañas que parecieran fabulosas si el valor español no hubiera acometido en otras partes empresas más altas. El título, pues, con que los emperadores de Austria y reyes de Hungría poseen la Transilvania, que hoy les disputa Rumania, proviene de la conquista efectuada en 1552 por capitanes y soldados españoles, y al servicio del rey don Fernando, natural de Alcalá de Henares, hermano del emperador Carlos V y nieto de los reyes Católicos.

Grande error ha sido, pues, el de Bratiano y Filipesco lanzar a la guerra, alegando fútiles razones, a un pueblo que se había engrandecido en la paz y que contaba con la simpatía de todas las naciones.

La sorpresa de Rumania pudo ser fatal a la coalición teutónica en los primeros instantes; pero ni el generalísimo Averesco ni los políticos de la «Entente» poseían ese golpe de vista que caracteriza al genio; en cambio, el Estado Mayor alemán, con una penetración admirable comprendió dónde estaba el peligro y dónde podía alcanzar la victoria, y ordenó a Mackensen, el hombre rayo, que ocupase la Dobrudja, a la par excitando el sentimiento búlgaro, ávido de desquite, y cerrando a sus adversarios el camino de Constantinopla. Por esta maniobra, Rumania quedó encerrada, sin más esperanza que el socorro tardío de los rusos, y salváronse So-

fía y Constantinopla, quedando el ejército de Sarraíl nuevamente inutilizado en Salónica. Lo demás era de esperar de la actividad y poder de los teutones, esto es, la concentración rápida de Transilvania, el asalto y la toma de los pasos de los Alpes transilvánicos, la conquista de la Valaquia y el ataque fulminante a las defensas del Sereth. Estas operaciones, lejos de debilitar a Alemania y a sus aliados, los hicieron dueños del principal granero del Oriente y de una de las zonas petrolíferas más ricas del mundo.

En medio de estas brillantísimas victorias, y enuelto en el torbellino de los acontecimientos, expiró el Emperador Francisco José, sucediéndole en el trono el archiduque don Carlos. Los primeros actos del joven Monarca fueron inspirados en un amor entrañable a la paz de sus pueblos y del mundo, y así no es de maravillar que, a sugestión suya, según se afirma, favorablemente acogida por el Emperador de Alemania, los cuatro países de la alianza teutónica propusieran el 15 de Diciembre de 1916 a sus enemigos la paz, por mediación de las Cancillerías de España, Estados Unidos y Suiza.

Este acto fué interpretado como una prueba de debilidad de las potencias centrales, o un hábil juego de la diplomacia teutona, según la expresión de Briand.

La opinión inglesa se sublevó ante la idea de una «paz prusiana», y Lloyd George declaró en la Cámara de los Comunes el 19 de Diciembre, que ya que la guerra le había sido impuesta a los aliados, éstos no podían dejar las armas sin darle a Alemania el «castigo» que merecía, y sin haber destruído el militarismo germánico, adquiriendo así sólidas garantías para la tranquilidad futura de Europa. «Prusia —dijo— ha sido siempre un mal vecino, y son in-

numerables las veces que ha atropellado el derecho de gentes.»

El mismo día, Briand dijo en el Senado francés: «Es una celada, es una maniobra. Alemania atraviesa momentos difíciles. Nuestro país no se ha impresionado por esta maniobra; la considera como un reto, y dice que la mejor respuesta que podía darse es la victoria de ayer en Verdún.»

Ya el 16 de Diciembre, el Ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, Pokrovsky, le había echado tierra a la proposición de paz en la Duma. «Desde hace dos años y medio —dijo Pokrovsky— Alemania ha hecho más de una vez alusión a la paz. Ha hablado de ella a sus ejércitos y a su población, siempre que ha emprendido una operación militar que debía ser decisiva, siempre que ha efectuado una operación militar calculada para obtener un efecto aparente. Alemania se ha esforzado en tantear el terreno para la paz por separado, ora cerca de una nación, ora cerca de otra, trabajando siempre activamente en este sentido desde la Prensa de los países neutrales. Todas estas tentativas se han estrellado contra la resistencia decidida y serena de las potencias aliadas... El gobierno ruso se niega indignado a interrumpir actualmente la lucha y a permitir con esto a Alemania aprovecharse de la única posibilidad que se le ofrece para sujetar a Europa a su hegemonía. Todos los innumerables sacrificios hechos hasta hoy, serán vanos con la conclusión de una paz prematura con el enemigo, cuyas fuerzas están debilitadas, pero no agotadas, y que busca una tregua bajo la falacia de una paz duradera.»

Sólo Sonnino, en la Cámara italiana, dió pruebas de discreción y prudencia, limitándose a anunciar las proposiciones de paz, y manifestando que Ita-

lia procedería en un todo de acuerdo con sus aliadas.

La onda de paz, ya próxima a morir en la desierta playa de la glacial indiferencia, recibió nuevo impulso con la nota del Presidente Wilson, de 18 de Diciembre de 1916, en la que este mandatario insinuaba a las naciones beligerantes —si malévolas o sinceramente, no lo sabemos— que expusiesen las condiciones en que estarían dispuestas a concertar la paz. La contestación de los dos grupos de potencias, en vez de allanar el camino de la concordia, ahondó el abismo que los separa, como lo previó quizás el estadista norteamericano.

Desde luego obsérvase en las notas alemanas el deseo sincero de hacer la paz, sobre la garantía de que ésta no podrá ser alterada por la codicia de sus rivales y el espíritu de desquite de los vencidos, y en ellas se declara noblemente que nunca impulsaron al Imperio Alemán ni a sus aliadas ansias de predominio o de conquista, desprendiéndose de esta declaración que las naciones del grupo germánico están resueltas a devolver a sus adversarias todos los territorios que han ocupado durante la guerra, excepto Polonia, cuyo reconocimiento como reino independiente se pedirá a las potencias, y la Silis-
tria, que le fué arrebatada a Bulgaria en 1913. Las condiciones de las potencias del Cuádruple Acuerdo no pueden ser más humillantes y duras, y destruyen de golpe toda esperanza de paz (1). No exigirían

(1) «... La restauración de Bélgica, de Serbia y de Montenegro, con las indemnizaciones que le sean debidas en justicia; la evacuación de los territorios invadidos de Francia, Rumania y Rumania, con las reparaciones que sean justas; la reorganización de Europa, garantida por un régimen estable y fundado en el respeto de las nacionalidades y en el derecho y plena libertad de su desarrollo económico que tienen los pue-

más si ocupasen las cuatro capitales enemigas: Berlín, Viena, Sofía y Constantinopla. «Por fin se han quitado la máscara nuestros enemigos —exclamó el Emperador Guillermo al conocer el texto de la contestación de los aliados a la nota norteamericana—: han puesto en descubierto su sed de conquistas. Su finalidad no es otra que el aplastamiento de Alemania, la desmembración de nuestros aliados, la esclavitud de Europa en los mares, bajo el mismo yugo que padece ahora Grecia rechinando los dientes de coraje.»

La venda debe haber caído de los ojos de aquellos que creían que Inglaterra y sus aliados luchaban por los principios de libertad y justicia y por la existencia de los pueblos oprimidos por el militarismo teutón. Alemania ha presentado el olivo a sus adversarios, y éstos no se han dignado si-

blo, así los grandes como los pequeños; la realización de convenios territoriales e internacionales, capaces de garantizar todas las fronteras terrestres y marítimas contra injustificados ataques; la restitución de las provincias o territorios en otro tiempo arrancados a estas naciones aliadas o por la fuerza o contra el deseo de los habitantes; la liberación de los pueblos italianos, eslavos, rumanos, tchecos y eslovacos, que están bajo algún dominio extranjero; la libertad de los pueblos sometidos hoy a la sangrienta tiranía turca, y arrojar del territorio de Europa al imperio otomano, que decididamente es extraño a la civilización occidental.» (*Contestación de los aliados a la nota del Presidente Wilson, de 18 de Diciembre de 1916.*) Programa tan amplio, para ser justo, debería comprender la liberación de la nación irlandesa, la restauración de las repúblicas boers, la devolución de Egipto, Trípoli y Adén a Turquía, de Chipre a Grecia, del Rosellón, el Franco Condado y Gibraltar a España, de las islas Malvinas a la República Argentina, de Bélise a Centro América, de la Finlandia a Suecia, de la Mandchuria a China, etc., y la libertad de todos los pueblos incorporados violentamente a los dominios de la «Entente» o que gimen bajo un protectorado oprobioso en cualquier región de la tierra.

quiera escuchar sus condiciones de paz. De la sangre que se derrame en lo futuro, de los horrores que presencie el mundo no será responsable el pueblo alemán.

Contemplemos mientras tanto con ojos espirituales y corazón cristiano el inmenso panorama de la guerra; en todas partes se lucha con encarnizamiento; hombres, hijos de una misma madre, hermanos en el seno de la naturaleza, se lanzan al asalto de trincheras, ruedan por precipicios llenos de nieve, abrazados a sus contrarios, a quienes odian sin conocerlos; suben a los parapetos, y son segados por el fuego de las ametralladoras; escalan las nubes en ligeras aeronaves, y dejan caer bombas o flechas sobre ciudades indefensas; se sumergen bajo las aguas, y lanzan el fatal torpedo, que en un momento acaba con centenares de vidas; gases asfixiantes, balas expansivas, proyectores de llamas, torpedos terrestres, todo cuanto puede inventar la mente perversa del hombre se pone en juego por la posesión del cráter de la mina que escupió al cielo, envuelta en una tromba de tierra y piedras, la rabia de los hombres, y por encima de este cuadro pavoroso, invisibles y ávidos de venganza, los espectros sangrientos de los muertos impulsan a los vivos al combate. En la región de Riga, en los contornos del lago Babit se lucha desesperadamente hace varios días; los rusos atacan con un ímpetu y valor extraordinario; los alemanes se defienden con serenidad y estoicismo sublimes; las ametralladoras derriban filas enteras de hombres; en algunos lugares se lucha cuerpo a cuerpo; un frío intenso de 15 grados bajo cero parece excitar a los combatientes; los cadáveres se amontonan en trágicas piras, y una gran mancha roja se extiende sobre la blancura transparente del hielo. Allí yacen rusos y alemanes, campesinos de

la Lituania y aldeanos de la Silesia confundidos en mortal abrazo, hermanados por la muerte, con los grandes ojos contemplando al perecer el cielo inmenso color de plomo, como preguntándole por qué los arrancaron de sus hogares para ser pasto de la voracidad de la guerra. Esos hombres tuvieron padres, hermanos, hijos, esposas, amantes quizás, que esperan su regreso y leen todos los días con dolorosa avidez la lista de muertos y heridos que comunica el Estado Mayor; y ahora yacen allí sobre el hielo, con los miembros mutilados, sobre un charco de sangre congelada.

Esta es la obra de Inglaterra y sus aliados, de los defensores de los pueblos débiles, que miran con rabia la resurrección de Polonia, ahogan en sangre las protestas de Irlanda y oprimen con saña a la pequeña Grecia. Pero ya el tridente vacila en las manos de Albión, y un sol de libertad verdadera, de libertad para todos, resplandece por encima de los mares.

